

Homilía pronunciada por el Cardenal Norberto Rivera C. Arzobispo Primado de México, en la Catedral Metropolitana.

22 de Mayo de 2008, solemnidad de Corpus Christi.

En México, en esta ciudad de México, suele celebrarse esta fiesta con una doble dimensión: la festividad sacro-folclórica y la litúrgica. Aquella es la fiesta sencilla del pueblo de Dios, llena de alegría, revestida de gracia humana y de sano esparcimiento. Desde siempre, México es eucarístico. Ahora apenas quedan vestigios de esta tradición. Nosotros nacimos a la vida cristiana cantando y oyendo el Alabado. Nuestros ancestros nos transmitieron esas dulces melodías que se escuchaban en los gloriosos amaneceres campiranos:

“Alabado sea el Santísimo  
Sacramento del altar;  
y la Virgen concebida  
sin la mancha original”.

Estas fueron las raíces de nuestra vida nacional que, con el correr del tiempo, se han ido opacando y se van retirando del recuerdo de los hombres y mujeres de hoy. Yo quisiera ayudar a recuperar estas nuestras raíces cristianas y eucarísticas. Vivimos aturdidos con los ruidos de todas las ideas y de los modelos de vida que nos llegan del extranjero, y que van desmoronando nuestra idiosincrasia nacional. Y al descristianizarnos, nos desmexicanizamos. Debemos siempre mirar al futuro, debemos siempre buscar la renovación y el progreso pero sin perder jamás nuestra identidad, nuestra historia, nuestras raíces.

Desde mi llegada a esta querida Arquidiócesis decidí fortalecer la peregrinación a la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe y restablecer la procesión del Corpus Christi porque sentí que muchos de nuestras tradiciones se iban perdiendo y que nos vamos olvidando de algunas prácticas de nuestro ser cristiano y mexicano. Surgidas las ideas laicistas, se nos ha ido desgastando

nuestra historia. Es tiempo ya de recuperar nuestra verdadera religiosidad heredada de nuestros antepasados, en las Posadas, en los altares de muertos, en los altares de Dolores y también en el Corpus Christi. Encerraron a la Iglesia dentro de sus templos y las calles quedaron vacías. Se le prohibió a Cristo visitar su ciudad, caminar por sus plazas, recorrer sus avenidas.

Ahora sólo nos quedan los ruidos ensordecedores, una nube de gases, escaparates de todo, menos de Dios.

Pero Cristo no se ha alejado de nosotros, sigue caminando nuestra ciudad, en la procesión de los hambrientos, en las caras macilentas de niños abandonados, de hombres sin trabajo, de gente golpeada por la vida. Cristo quiere estar con ellos, con los seres degradados con una sociedad sin alma, con las personas prostituidas, con los marginados y engañados. Cristo ya no puede ser encadenado: tiene que redimir nuevamente el mundo de la política, del dinero, del poder, del arte, de la literatura. Está bien que Cristo sacramentado siga en sus sagrarios esperando nuestro amor, pero también es bueno que deje el silencio de los templos y salga a nuestras calles para despertar los corazones dormidos y que nos grite con toda la fuerza del evangelio: comparte tu pan con tu hermano.

El otro aspecto de la fiesta, hermanos y hermanas, es la fiesta litúrgica, la que nos habla del misterio del amor de un Cristo que se quedó sacramentalmente presente en el mundo para continuar su obra de redención. Cristo es el Pan de la vida; Él vino para darnos vida y dárnosla en abundancia.

Él es el Maná en este desierto de la vida del hombre, el alimento que sacia a quien lo recibe. Cristo se quedó para comunicarnos continuamente su vida divina, y nos dijo que el que comiera su carne y bebiera su sangre nunca moriría. La Festividad del Corpus es un momento de renovación de la fe en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y una incitación a alimentarnos continuamente de este Amor inmolado por nosotros. La Iglesia nos invita a participar en este banquete de amor, porque todos nosotros necesitamos de la fuerza para poder caminar sin desfallecer hacia las fronteras eternas del cielo.

Jesucristo, sabiendo que pasaba de este mundo al Padre, quiso quedarse de forma admirable en este Sacramento, bajo las especies humildes de un pedazo de pan y un sorbo de vino. Pero ahí está realmente su Cuerpo, su Sangre, Alma y Divinidad. Los discípulos de Emaús, una tarde de desesperanza, se encontraron con un Desconocido en el camino. Les explicó las Escrituras, los consoló, los exhortó a creer. Al llegar a casa, no lo dejaron seguir adelante: la tarde está cayendo, quédate con nosotros. Y el Señor, en un acto de amor ilimitado, se quedó en el mundo hasta el fin de los tiempos. Él es el alimento, es el consuelo, es la fortaleza, es la santidad de las almas; es la presencia misteriosa que nunca se nos regatea y que siempre nos entiende y nos acompaña.

Es preciso que hoy resuene fervorosa y estruendosa nuestra fe: Señor, quédate con nosotros en este mundo frío, vacío; quédate y derriba las murallas de la violencia y del odio; quédate para suprimir la corrupción y el hambre; quédate para abrir nuevos horizontes de esperanza en nuestra Patria.

Este día celebramos de modo singular la Eucaristía, es decir, nuestro agradecimiento y nuestra alabanza al Amor Inmolado, que nos ha redimido con su muerte. “Hagan esto en memoria mía”, nos dijo. No solamente recuerden lo que yo hice, lo que yo realicé en el calvario; sino que actualicen aquí y ahora, mi muerte redentora, aunque ya no en forma cruenta. En mi muerte yo vencí la muerte para que ustedes vivan.

Al participar con fe en este Sacramento, comiendo y bebiendo el Cuerpo y la Sangre del Señor, según la exhortación paulina, se realiza en nosotros una íntima comunión con la Carne y la Sangre del Señor; nos comunica su fuego redentor; nos purifica de nuestras maldades y nos hace merecedores de la futura gloria. Para nosotros los cristianos comer la carne y beber la sangre del Señor, no es un escándalo como lo fue para algunos discípulos y judíos, cuando el Señor

Jesús anunció esto abiertamente. Por el contrario, estrecha los lazos entre los creyentes, por ser signo de comunión.

Así pues, hermanos, los invito a que juntos adoremos a Jesucristo que en la Eucaristía se nos presenta y se nos da en alimento para la vida que nunca termina. Como mítico pelícano, que decían que alimentaba a sus polluelos con la sangre de su pecho, así Cristo nos nutre con la sangre de su costado abierto y de su costado nace la Iglesia y nacen los sacramentos y en un símbolo elocuente de su amor misericordioso para con todos nosotros.